

La rosa del instituto

Pseudónimo: Domingo Calvo Forget

Los que no tienen Asperger hablan como si las palabras fueran dados. Mezclándolas un poco en la boca y luego lanzándolas al aire sin explicar cuál de sus posibles matices debemos interpretar. Las personas sin Asperger dicen las cosas convencidas de que los demás estamos viendo la misma cara del dado que ellos planearon mostrar. Aseguran, incluso, que los distintos sentidos que puede tener una frase son evidentes para todos y que solo los “tontos” como yo confundimos unos con otros.

–¡Pero Joaquín! –me regañó ayer mi padre–. Estábamos hablando de ir a comer fuera. Obviamente lo de “morirse de hambre” no era literal. Nadie pasa a mejor vida por no alimentarse de inmediato...

“¿Cómo que no? 8.537 niños mueren de hambre al día en todo el mundo”, pensé. Podría haberle respondido eso para demostrar mi punto, pero he aprendido que no debo. Que dar datos precisos solo empeora el nivel de condescendencia con el que me intentan educar en el curioso arte de entender las mentiras. Porque, en el fondo, jugar a los dados con las palabras no se diferencia mucho de mentir. Todas las frases polisémicas (así las llama mi doctor) no son más que falsedades. A la gente sin Asperger le gusta afirmar cosas que no son verdad compulsivamente. Vivimos en un mundo en donde la mentira manda y los que nos ceñimos a la verdad y la respetamos somos minusvalorados. Todos los días, por ejemplo, me gano siete miradas tiernas de mi madre, dos de mi hermana y cinco burlas despiadadas de mi hermano mayor. Más no. Siempre las cuento. Llegados al límite, dejo de hablarles en lo

que queda de día. En otro mundo, en uno en el que la gente dijera solo lo que piensa o, mejor aún, nada en absoluto, yo sería el “normal” y los sin Asperger, los “raritos”. En este, más me vale interactuar poco con ellos. Tampoco es un problema. Generalmente, no me apetece demasiado. Por esa razón, la gente piensa que soy tímido. No, realmente. Con María hablo mucho. Y con Paco. Ellos no son como yo. Pero tampoco como los demás. María es la jardinera del instituto. Mis compañeros dicen que está loca. Que se la pasa hablándole a las plantas. Cierto. Pero nunca les dice mentiras. Y además, las amapolas no pueden responder. Ese tipo de charla me parece mucho más sana que reunirse en grupo a hablar mal de todos los que no están presentes en ese momento. Nunca he entendido muy bien lo que es la poesía, pero apostarí tres hexaicosaedros y cinco antiprismas a que María tiene alma de poetisa y los demás no. Lo de Paco resulta más fácil de explicar. Dicen que es el tonto de la clase. Puede. Pero un tonto sincero. Cuando levanta la mano y le dice al profesor de matemáticas que dos más dos es cinco, lo hace con tal seguridad y aplomo que ni siquiera yo dudo. Se ha equivocado y nada más. Sin segundas, terceras o decimoquintas intenciones. Y si le corrijo en clase, es el único que me da las gracias y aprende. Si nos dieran tres siglos juntos, solo él podría llegar, paso a paso, al nivel de conocimientos de un físico nuclear. Él y yo, claro está.

Ahora mismo son las 7:15 de la mañana. Lo sé porque la sombra del rosal del instituto está a punto de tocar la farola de la puerta. Llevo veinte minutos observando cómo el sol asoma por detrás del rosal provocando que las flores oscuras del suelo se encojan poco a poco. Lo tengo medido. Cada día alcanza a la farola cuarenta segundos antes que el anterior. Y yo, para no perderme

nada del espectáculo, llego al insti, cada vez, cuarenta segundos antes. Al conserje no le gusta nada que lo haga. Piensa que vengo cada vez más temprano para espiar si aseaa correctamente las paredes del edificio.

Faltan aún 75 minutos para que comiencen las clases. Obviamente, estoy solo en la puerta. Esperando a que la abran. No es que desee entrar primero. Simplemente, aprovecho que no hay nadie para huir de mis dos mundos. El de casa y el escolar. La soledad en un sitio previsible resulta placentera. Relajante. Y me permite pensar en mis cosas. Ayer soñé que todo el mundo estaba calvo y se reía de mi luenga cabellera. Según el doctor, eso es bueno. Dice que la metáfora resulta un poco arrogante, pero que inconscientemente he conseguido entender y trasladar mi situación a un contexto nuevo. ¡Inconscientemente! Según los psicoanalistas, no solo tengo al enemigo en casa con mi familia, sino también dentro de mí. En mi cerebro. Con el inconsciente, que es capaz de crear mentiras mientras no vigilo. Recuerdo que mamá dejó escapar una lágrima. Y que papá me miró con una mueca rara; según mi hermano, de orgullo. O al menos eso me dijo después. ¿Orgullo de qué? ¿De que en potencia yo también soy capaz de decir lo que no es? No lo creo. Mis pelos no son largos. Los demás no son calvos. He combinado dos mentiras porque sí. Nada más. Lo único real de ese sueño es que se reían de mí y yo no entendía por qué.

7:20: La sombra del conserje se ha mezclado con las de las rosas. No importa. Me sé la secuencia de memoria, aunque no pueda vivirla en directo. Sigo solo. Ordenando todavía mis emociones. Mis circunstancias. Lo de no comunicarme bien con los demás, por ejemplo, no es el mayor obstáculo para convivir con los sin Asperger. Lo que más les cuesta asimilar son mis “manías”.

Así las llaman. Si yo hago algo extraño, es una manía. Pero si ellos, de pronto, se ponen a correr de madrugada por todo el vecindario sin que nadie los persiga o sin que estén llegando tarde a ningún sitio, lo llaman “deporte”. Recuerdo que una vez me ofusqué tanto con mis hermanos durante una comida que le pedí a mamá una bandeja, puse mi plato sobre ella y giré la silla para seguir comiendo dándoles la espalda. Por culpa de las burlas consiguientes, seguí haciéndolo los dos días posteriores. Y al cuarto, ya no hizo falta provocación alguna. Comer de espaldas se convirtió en una especie de tradición que mantengo al pie de la letra. Una rutina más. Tengo muchas. Aquellas que me funcionan, las mantengo en el tiempo. Me permiten relajarme y sentirme seguro. Ducharme con las gafas puestas, por ejemplo. O dormir con la luz encendida. Algunas, como la última, les parecen normales a los sin Asperger. Otras, como caminar balanceando los tobillos de tal manera que no me haga falta flexionar las rodillas, “una estupidez tremenda que conseguirá que me destripen los gorilas de cuarto de la ESO”. O al menos eso dice mi hermano. Aunque, que yo sepa, no dejan entrar animales en el instituto. Además, todo el mundo sabe que los gorilas son mayoritariamente herbívoros. ¿Por qué iban a querer destriparme?

7:25. La sombra del rosal ya casi llega a la grieta donde una colonia de *pogonomyrmex mayri* ha decidido construir su hormiguero. A esta hora todo me parece sencillo. Simple. Tanto que puede que consiga sobreponerme a mis desafíos diarios. Incluso superar mi rechazo “patológico” hacia los cambios y hacia SEUR (que nunca reparte mis cosas en el horario en el que promete que va a pasar). No es que los cambios de por sí me parezcan malos. Pero lo alteran todo. Mis rutinas, mis pequeñas tradiciones, y también echan por tierra

las cosas que he aprendido del mundo. Los demás lo tienen más fácil para lidiar con los imprevistos. Como poseen esa magia invisible que les permite interpretar correctamente el sentido de las palabras y las situaciones, se adaptan sin problemas. Yo no. Yo he aprovechado que mi Asperger es muy leve para aprenderme de memoria lo que tengo que hacer y decir en cada caso (sin saber o entender del todo las razones de esas reglas sociales). Si me las cambian de golpe... vuelvo al primer peldaño de aprendizaje. Aquel en el que solo sé que no sé nada sobre el mundo. Por eso, básicamente, odio los cambios. Por eso y porque no soporto que dejen sin cerrar la botella del agua. Si hay una tapa es por algo, ¿no? Para volver a ponerla en su sitio. Tampoco aguanto que mis hermanos cierren una botella con el tape de otra (a pesar de que han sido debidamente informados de que no deben hacerlo). Ni que se sirvan líquido en una proporción diferente a la acostumbrada. No son “manías” mías. Son inconsistencias de los demás que los hacen menos predecibles. Y por tanto, más lejanos. Incómodos, por decirlo con exactitud.

7:40. Hay viento. Las rosas se agitan nerviosamente. Sus sombras se parecen a las de mis compañeros cuando entran y salen del instituto. Un alboroto caótico y desordenado que rara vez dura más de cinco minutos. Antes y después, la calma. No siempre me llevo mal con la gente. Ni siquiera con el idiota de mi hermano. De hecho, una vez conecté con él. Fue antes de que supiéramos que mis rarezas tenían nombre clínico. Yo era pequeño. Abrí la nevera y cogí un pimiento. Me gusta comerlos crudos como si fueran una manzana o un plátano. Calman la sed y, al rato, dejan un regusto dulce en la boca. Le pregunté si podía comerlo y él, en lugar de decirme que sí

directamente, decidió reírse de lo que diagnosticaba como simple ingenuidad de su hermano menor.

–Ese pimiento no. Coge otro.

Le hice caso.

–Ese tampoco. Mejor el primero.

Me los quedé observando, intentado dilucidar qué los diferenciaba. Qué podía provocar que eligiera uno u otro.

–¿Por qué me has hecho cambiar las frutas?

–Jajaja. Los pimientos son verduras.

–Por supuesto que no. Tienen semillas. Son frutas. Si estudiaras algo...

–Espera, Joaquín –interrumpió mi genial explicación de botánica–. Mejor escoge otro diferente.

Y así me tuvo mi hermano unos diez minutos. Testeando hasta cuándo sería capaz de seguir sus órdenes sin hartarme. Curiosamente, no me harté. Al rato, era yo el que disfrutaba del juego repetitivo y por tanto previsible. Él, en cambio, empezaba a preocuparse por dejar la puerta de la nevera tanto tiempo abierta. No fuera cosa que mamá o papá lo regañara. Al final me hizo elegir el primero de todos. Estaba rico. Dulce a los siete segundos exactos de dar el primer mordisco.

Días después, volví a sentir ganas de desayunar un pimiento crudo y repetí el experimento.

–¿Puedo?

–Sí.

–...

–¿Qué? ¿Qué pasa?

-...

Mi hermano mayor se rascó la cabeza y se me quedó mirando unos segundos. Hasta que, de pronto, chasqueó los dedos.

-¿Quieres jugar otra vez? Mira que eres raro. De acuerdo... ¡Ese no! Escoge otro.

¿Qué tontería, verdad? Pues para mí no. Recuerdo que respiré aliviado. Por alguna razón, acababa de adquirir la necesidad de repetir la secuencia por siempre. Según el doctor, porque otra vez estaba desplazando. El juego nos obligaba a ceder a ambos en nuestra eterna pugna. Él se burlaba de mis extrañezas, sí. Pero yo, a cambio, lo obligaba a convertir esa gran incomprensión sobre mi persona en... ¡una de mis rutinas! Una que compartimos todas las mañanas desde entonces.

8:00. Ha llegado Isabela al instituto y se ha sentado junto a mí. Ella tiene lo mismo que yo. Pero más agudo. Bordeando el nivel dos de autismo. En el límite entre solo odiar los cambios (como yo) y no poder hacerles frente. Con cualquier otra persona, se hubiese alejado lo máximo posible. Conmigo no. Sabe que respeto su silencio y que, cuando empiecen a llegar los demás, conmigo estará a salvo de la gente. Lo suyo no es incomprensión ni exactamente rechazo. Se trata de algo de miedo mezclado con desinterés. Dos monstruos mucho más fieros que los que me alejan a mí de las personas. Algunos dicen que somos novios. Les gusta molestar y, por supuesto, no se les escapa el detalle de que Isabela esquiva a todo el mundo menos a mí. Yo pienso que somos algo mucho más difícil de encontrar en este mundo de mentiras: amigos verdaderos. De los que pueden estar juntos sin sentirse

incómodos. Sin la necesidad de ponerse esas máscaras sociales que todos usan menos nosotros.

En general, nos quedamos juntos callados. Pero hoy, por lo que sea, quizás porque me he aclarado muy bien las ideas antes, me siento un tanto locuaz. Con ganas de hablarle de lo que sea. Pienso en un tema de conversación. Luego en otro y otro más. Al final, tal y como si fuera un pimiento en la nevera, vuelvo al primero de todos.

–Hoy la sombra del rosal se encoge más lento –le digo.

–Imposible. O se te ha roto el reloj o la tierra gira sobre su propio eje con mayor lentitud. Ninguna de las dos es buena noticia.

–Entonces será que me lo parece a mí. Puede que esté impaciente por entrar a clase.

–El timbre sonará en 29 minutos. Nada cambiará eso.

8:23. A lo mejor sí que somos algo más que amigos. Por primera vez, hemos iniciado una conversación y no hemos parado. Nos hemos quedado mirando las rosas y hablando durante más de veinte minutos. Todo un record para mí. Un milagro para ella. Y tan centrados estábamos en nuestra charla que ni nos dimos cuenta de que más y más compañeros nuestros iban llegando a las puertas todavía cerradas del instituto. Creo que voy a pedirle que venga conmigo a ver las sombras de las rosas un sábado por la mañana. Tampoco sería tan raro que tengamos una cita. Dos adolescentes con un poco de autismo son, ante todo, dos adolescentes. Sin más.